

Simón Bolívar en Madrid



Por LUIS CALVO

SIMÓN Bolívar llegó a Santoña en el mes de mayo de 1799, cuando tenía dieciséis años de edad, enviado por su curador, D. Carlos Palacios, "al propósito de que en Madrid completase su educación". Pasó un año en la villa de Bilbao con escapatorias a Francia y a Santander, según reza en su declaración matrimonial, y en 1800 entra por vez primera en Madrid. Se hospeda en la calle de Jardines, en la casa de su tío D. Esteban Palacios.

Madrid volvía por aquellos años a la relajación de costumbres que Carlos III reprimiera con tacto y energía. El sucesor de Jovellanos, D. José Antonio Caballero, daba la orden de que no se consintiese a las mujeres e hijas de los empleados acudir a las oficinas para promover ascensos y pretensiones. Un bando ordenaba a los dueños y administradores de casas que pusieran puertas y luz hasta medianoche, "a fin de evitar los insultos y torpezas que se cometían en los portales". El mismo año de la llegada de Bolívar a España, otro bando, que aspiraba a corregir las malas costumbres cortesananas y los excesos contra la decencia y modestia en el uso de trajes, mandaba que "ninguna persona de cualquiera clase o condición, por privilegiada que fuese, pudiera en tiempo alguno usar basquiña, no siendo negra, ni en ésta fleco de color o con oro o con plata". Carlos IV, en su afán de estrechar lazos con la República de Bonaparte, había abierto a su Gobierno un crédito de millón y medio de pesos en la América española. En París, Napoleón se erigía general en jefe de todas las fuerzas armadas, disolvía la Asamblea Nacional y tomaba el título de cónsul. El Zar de Rusia se encrespaba ante la alianza estipulada por Carlos IV con los franceses. María Luisa andaba en lenguas de los madrileños, y el Príncipe de la Paz quería sustentar su valimiento en la Corte con el apoyo de los letrados, dando premios a los poetas y haciendo de su privanza granjería de voluntades insignes.

Simón Bolívar, un currutaco caprichoso de naturaleza violenta y sensual, en posesión de una fortuna considerable, viene a Madrid a los diecisiete años, a estudiar matemáticas en la Academia de San Fernando. En una carta escrita en 1823 y dirigida a Santander desde Arequipa, escribía el Libertador: "Aprendí —en Madrid— los idiomas extranjeros con maestros selectos y bajo la dirección del sabio Marqués de Uztariz, en cuya casa vivía. Todavía muy niño, quizá sin poder aprender, se me dieron lecciones de esgrima, baile y equitación. Ciertamente que no aprendí ni la Filosofía de Aristóteles ni los Códigos del crimen y del error, pero pude ver que Mr. de Millin no había estudiado tanto como yo a Lock, Condillac, Buffon D'Alembert, Helvetius, Montesquieu, Mably, Filanger, Lallander, Rousseau, Voltaire, Rollin, Berthel y todos los clásicos de la antigüedad, así filósofos, historiadores, oradores y poetas; y todos los clásicos modernos de España, Francia, Italia y gran parte de los ingleses."

Mancini y Larrazábal nos han hecho sendos retratos, que se completan, del joven Bolívar, que brilló en la sociedad madrileña de 1800 y 1802. Trataremos de abreviarlos, sin que pierdan su fuerza descriptiva. Era noble y hermosa su apostura; la talla, más bien pequeña, delgado, esbelto. Bajo los párpados carnosos, adornados con largas y negras pestañas, unos ojos eléctricos rasgados y penetrantes; la frente levantada; cejas arqueadas y espesas; nariz larga, correcta, de aletas acusadas y finas; la boca, graciosa y expresiva, era de un dibujo firme; el bello superior sobresalía de notable manera, sombreado por un bigote naciente; la barbilla cuadrada, saliente y con un hoyuelo casi imperceptible; el busto, estrecho; las piernas, largas; ademanes vivos y resueltos, andar agitado, aspecto franco y de un irresistible ascendiente, voz aguda y sonora; su esmero en el vestir rayaba en el refinamiento. "Ya desde entonces—escribe Mancini— emanaba de toda su persona aquel irresistible magnetismo que más tarde había de obligar hasta a sus enemigos más decididos a permanecer sumisos en su presencia." Era impulsivo, conversador fácil y ameno, muy amigo de las discusiones y muy pronto a la riña.

Don Esteban Palacios, el tío de Bolívar, era muy amigo de Mallo, el favorito de la Reina María Luisa, y ésta fué la causa de la distinción con que la alegre soberana honró al pomposo currutaco llegado de América. Según Larrazábal, la casualidad proporcionó a Bolívar hallarse una noche en cierta casa a la que había ido la Reina disfrazada. El mozalbete tuvo entonces la suerte de acompañar a Su Majestad hasta la puerta misma de Palacio. Pero era un muchacho inexperto; carecía de mundo. La continua frecuentación de los salones sofocó un poco su pedantería de adolescente, y el trato con las damas de la Corte punzó su amor propio hasta obligarle a reconocer su ignorancia e infundirle el deseo de consagrarse con ardor a los libros.

Al cabo de algunos meses Simoncito Bolívar era un perfecto hombre de sociedad. La Reina María Luisa hacía de sus prendas gran aprecio y le introdujo en Palacio y en los Reales Sitios, donde el mozo americano disfrutaba de con-

fianza y estimación generales. No podemos resistir a la tentación de copiar íntegramente la anécdota que el general Tomás Cipriano de Mosquera relata en su "Memoria sobre la vida del Libertador". Ha sido tan discutida y tantas veces desmentida, que merece una reproducción textual. El General la pone en boca de Bolívar en estos términos:

"El príncipe de Asturias Fernando me invitó una tarde en Aranjuez a jugar a la raqueta y le di con el volante en la cabeza. Fernando se molestó; pero su madre, que estaba presente, le obligó a continuar el juego, porque desde que convidó a un joven caballero para distraerse se había igualado a él. ¿Quién hubiera anunciado a Fernando VII—decía Bolívar con aire de satisfacción—que tal accidente era el presagio de que yo debía arrancarle la más preciosa joya de su corona?"

En uno de aquellos salones del Madrid de principios del XIX, en casa del Marqués de Uztariz, conoció el Libertador a María Teresa Rodríguez del Toro, hija única de don Bernardo y sobrina del Marqués de ese nombre, de cuyos encantos quedó tan enamorado, que quiso casarse inmediatamente. La muchacha correspondía con igual pasión al galán; pero su padre negó el asentimiento, por razón de la edad del novio, dieciséis años. Como dice O'Leary, María Teresa, "sin ser bella, atraía por la dulzura de su carácter y su esmerada educación". El 30 de septiembre de 1800, Bolívar escribe a su tío Pedro Palacios solicitándole que proteja el enlace y que dé las órdenes necesarias "para pedir la señorita a su padre con toda la formalidad que exige el caso". Es notable el texto de la carta, que copia íntegramente Larrazábal: "Por haberme apasionado de una señorita de las más bellas circunstancias y recomendables prendas, como es mi señora doña Teresa del Toro, hija de un paisano y aun pariente, he determinado contraer alianza con dicha señorita para evitar la falta que pueda causar si fallezco s.n sucesión, pues haciendo tan justa liga querrá Dios darme algún hijo que sirva de apoyo a mis hermanos y de auxilio a mis tíos." El idilio romántico quedó interrumpido por la marcha de María Teresa a Bilbao con sus padres en el otoño de 1801. Bolívar se quedó en Madrid, hasta que un día fué víctima de un atropello y resolvió abandonar España. Paseaba a caballo, como solía, por la Puerta de Toledo, cuando lo asaltaron unos esbirros y, a pretexto de que usaba diamantes sin el permiso necesario, quisieron detenerlo y registrarlo. Los motivos del lance eran muy otros. La Reina María Luisa sospechaba que el gallardo americano tenía documentos comprometedores para Su Majestad, como amigo que era de Mallo, proscrito a la sazón de la cámara regia, y no encontró mejor expediente que un asalto. Bolívar desenvainó su espada y no consintió que se le acercara nadie. Pero quedó tan disgustado por la aventura, la cual no pasó a mayores merced a la intervención de algunos paseantes, que decidió marchar en seguida a Bilbao, para ver a su novia, y luego a Barcelona y París.

Su segunda visita a la corte fué muy rápida. Se hospedó en el número 8 de la calle de Atocha, y estuvo los días indispensables para contraer nupcias, el 5 de mayo de 1802, en la parroquia de San Sebastián y San José, con su dulce María Teresa del Toro. Salió a las pocas horas para La Coruña, donde sabía que se aparejaba una embarcación con rumbo a la Guaira, y al llegar a Caracas se trasladó a su hacienda de San Mateo. Quería dedicar su vida a estos dos grandes amores: la esposa y el campo. "Se levantaba temprano—dice O'Leary—, vigilaba los trabajos de la hacienda, indicaba las mejoras que había de introducirse, hacía mucho ejercicio a pie y a caballo y dedicaba al estudio las horas calurosas del día y de la noche." Su felicidad se truncó rápidamente. El 22 de enero de 1803, a los diez meses de llegar a Caracas, fallecía María Teresa de unas fiebres malignas. Esta enorme desgracia fué la causa de que el Libertador consagrara para siempre su vida a la liberación de América. Oídle: "Quise mucho a mi mujer, y su muerte me hizo jurar no casarme. He cumplido mi palabra. Miren ustedes lo que son las cosas: si no hubiera enviudado, quizá mi vida hubiera sido otra; no sería el general Bolívar, ni el Libertador, aunque convengo en que mi genio era para ser alcalde de San Mateo. La muerte de mi mujer me puso muy temprano en la causa de la política y me hizo seguir el carro de Marte en lugar del arado de Ceres."

Bolívar llega por tercera vez a España a fines de 1803. Visita fugaz y dolorosa. Quiere entregar algunas reliquias de su esposa a los padres. El 25 de marzo de 1804, y en virtud de un bando que ordenaba que salieran de Madrid todas las personas forasteras, sin exceptuar americanos ni filipinos, Bolívar sale para siempre de España. Una palabra dilata su pecho de titán y tortura su inteligencia de guerrero, caldeada por los libros de Plutarco, Voltaire, Rousseau, Montesquieu; caldeada por las hazañas de Napoleón y por la Revolución francesa: "¡Libertad!"

De Madrid a París, y desde París a la patria amada y a la gloria eterna.